

Sessió del dia 16 de maig de 1934

PRESIDENCIA DEL DR. PI SUÑER

## Francesc Soler i Garde

por el P. JAIME PUJIULA

Se ha dicho que los hombres grandes no mueren, porque su nombre, su fama, sus hechos, sus obras, a veces de gran transcendencia para toda la Sociedad, viven frescas y lozanas en la memoria de los mortales, transmitiéndose de generación en generación y perpetuándose incluso a través de los siglos. Pero por poco que reflexionemos y filosofemos sobre las cosas, no podrá menos de impresionarnos vivamente el pensamiento profundo de que el vivir en la memoria de los hombres, de poco o nada sirve al que sale de esta vida, si la virtud y la santidad no le han asegurado de antemano un puesto cabe la fuente de todo bien que es Dios, el único que puede perfectamente justipreciar y premiar el mérito y la virtud de cada uno.

Señores, el ilustre señor Académico, cuyo elogio me habeis encomendado, supo juntar de un modo admirable la ciencia con la virtud, la gloria con la humildad y el alto prestigio militar con la mansedumbre y suavidad de la vida cristiana. A mi juicio, este es, señores Académicos, el verdadero carácter, la genuina fisionomía, el auténtico retrato del General de Sanidad Militar, Dr. D. Francisco Soler y Garde, nuestro querido y llorado consocio, jamás desmentido en toda su vida. Consecuente consigo mismo, siempre se rigió en toda su actuación social-científico-profesional por principios superiores: la caridad, virtud *teologal*, y no la filantropía, era el verdadero móvil de sus acciones. Que este fuese el principal resorte de su actividad, lo demuestran los hechos de su vida, sus escritos y sus obras, tanto sociales como privadas, como tendremos ocasión de ver.

Nació nuestro ilustre compañero en esta ciudad condal, el 6 de Enero de 1867, de padres, más ilustres por el brillo de sus cristianas virtudes, ejercidas especialmente en la enseñanza, ya que su padre era maestro

de escuela, que por otros títulos. El talento, la aplicación y la diligencia del niño Soler y Garde hizo que su aprovechamiento fuera tal que aventajase bien pronto a sus compañeros y llevase, ya en la escuela primaria, los primeros premios con gran orgullo de sus padres.

A los nueve años emprende los estudios del bachillerato y a los veinte termina la carrera de Medicina, sembrada de sobresalientes y matrículas de honor, y obtiene el premio de la Licenciatura. Trasladado a Madrid, hace oposiciones a Sanidad Militar (23-4-1888) y se llevó uno de los primeros números; y aparte esto consigue a los cuatro meses el título de Doctor.

Ya teniente de Sanidad militar, presta, por espacio de 7 años, su servicio en la Península, especialmente en la inmortal Gerona, donde la Divina Providencia le tenía preparada una alma, cortada según los deseos de su corazón y émula de sus virtudes, la Sra. Josefa de Monroy, con la que se une con el vínculo sacramental para ser hasta su muerte el mejor de los esposos.

Entre tanto estalló la guerra de Cuba y a nuestro Doctor le tocó, como médico militar, ya ascendido a capitán, compartir los azares de aquella sangrienta guerra. Allí le encontramos, efectivamente, desplegando una actividad asombrosa durante cuatro años, en varios regimientos y Hospitales, especialmente en el de Alfonso XII, donde descubre grandes cualidades operatorias, asistiendo a los mismos combates, prestando auxilio entre las balas del enemigo y salvando la vida de muchos, incluso de algún general. Sus servicios y actos heroicos le valieron dos cruces rojas del Mérito Militar, una de ellas pensionada, condecoraciones que fueron como el comienzo de otras muchas, justamente merecidas. El premio sólo se debe al mérito y a la virtud.

Vuelto a la Patria, después de haber visto, no sin gran dolor de su corazón, amante de España, arriar en Cuba la bandera española y enarbolar la norteamericana, le vemos puesto al servicio de varios Hospitales militares: del de Barcelona, donde tuvo a su cargo la Clínica de Cirugía durante diez años, practicando centenares de operaciones como excelente operador; del de Burgos y del de Madrid (Carabanchel), en calidad de Director.

De nuevo en Barcelona ascendió a Inspector General de Sanidad Militar de la Zona de Cataluña, grado supremo del cuerpo, en edad relativamente joven. En esta época fué cuando tuvimos el gusto de conocerle y el alto honor de tratar con él íntima amistad, fácil de comprender, dada su ideología y acendrada piedad y religión.

Cuál fuese el grande aprecio que todos tenían de nuestro querido amigo y el alto prestigio a que llegó, basado todo en sus méritos científico-profesionales, nos lo dirán las múltiples condecoraciones y distinciones de que fué objeto y la gran cantidad de publicaciones. Hemos ya mencionado algunas condecoraciones. A ellas se han de añadir varias cruces y medallas. Por sus servicios en Barcelona durante la semana trágica se le concedió la cruz roja del mérito militar; otra por la peculiar actividad en el Hospital militar de esta misma ciudad. Poseía, además, la placa y la gran Cruz de San Hermenegildo.

Pero aunque las condecoraciones son testimonio de gran valor, acaso

sean de mayor fuerza las distinciones que recibió por parte de las autoridades, de jefes y de hombres y corporaciones científicas; pues revelan espontáneamente el gran concepto y estimación en que era tenido por cuantos le conocían y trataban.

En dos distintas épocas se le llamó para dar los cursos de *Cirugía general*, organizados en el Hospital militar de Barcelona (1908, 1909, y 1917, 1918); fué designado para representar al Ministro de la Guerra en el «Congreso de Higiene y Saneamiento de la habitación», celebrado en Barcelona en 1924.

En Noviembre de 1921 esta Academia de Medicina, la primera autoridad en esta parte, de toda Cataluña, le abre de par en par las puertas, consciente y gozosa de recibir en su seno a un hombre que vendría a aumentar su lustre y su prestigio; y mucho antes el Instituto Médico Valenciano le premia un trabajo científico y le nombra Socio Honorario.

No hay por qué decir que siendo nuestro General de arraigadas creencias católicas, no podía menos de figurar en la Sociedad Médico-Farmacéutica de los Santos Cosme y Damián, de la que en 1927 fué elegido vicepresidente y donde desarrolló una fértil labor de proselitismo y de brillantes comunicaciones como la titulada: «Esbozos de Medicina Social».

En 21 de Enero de 1926 recibe nuestro General las insignias de Académico de Mérito de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes de Cádiz, la cual le concede, además, una de las tres presidencias honorarias: en Febrero de 1927, designado por esta Academia, apadrina al Dr. Francisco Pons y Freixas en su recepción en esta Academia, contestando a su discurso; y en 25 de Octubre de 1929 es objeto de un espléndido homenaje, al que se asociaron las autoridades y le fué otorgada por la guarnición Sanitaria de la Región una preciosa y artística placa de plata cincelada. Todo el mundo se honraba con su amistad y buen número de Revistas han publicado su biografía antes o después de su muerte, como la «Enciclopedia Espasa», la «Revista Española de Medicina», «Bios», «Laboratorio», etc.

Nadie extrañará que un hombre de esta talla saliese repetidas veces de España para asistir a Congresos Científicos, como al de Medicina de París, al de Medicina y al antituberculoso de Roma.

Todo esto, señores, arguye la gran personalidad del General Soler y Garde en ciencia, en Medicina, en Sanidad Militar, y *a priori* supone una actividad y producción científica grandes; y es así que, leyendo sus numerosas publicaciones, se convence uno de que se hallen muy justificadas y aun cortas todas las manifestaciones de aprecio y veneración hacia este insigne Académico. Recordemos aquí brevemente algunas de estas publicaciones.

- 1.º Dos casos de exostosis osteogénicas, en colaboración con el doctor Casades.
- 2.º Heridas por fragmentos de bomba.
- 3.º Cistomías suprapubianas.
- 4.º Fracturas de la rótula.
- 5.º Epiteloma del labio inferior.
- 6.º Patología y simulación de la epilepsia.

7.º Oportunidad y forma de la intervención quirúrgica como medio de tratamiento de las heridas de vientre por pequeños proyectiles de guerra.

8.º Formaciones sanitarias en campaña, discurso de recepción en la Real Academia de Medicina. Este trabajo, más que un discurso es un verdadero tratado sobre la materia, dado el gran arsenal de datos históricos, científicos y profesionales, sobre la asistencia médica en el ejército y campamentos, tanto más interesantes cuanto más difícil es la instalación provisional de clínicas y dispensarios que exige el estruendo de la guerra.

9.º Verdaderamente notable es el discurso de contestación al doctor Pons y Freixas. El conocimiento y la penetración filosófica, sobre todo a la mano del gran filósofo catalán, el primero seguramente de su siglo, el presbítero D. Jaime Balmes, deja a uno maravillado por la solidez y claridad de principios de que está penetrado todo su discurso.

10.º También es notabilísimo el discurso que pronunció nuestro querido amigo en su recepción en la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes de Cádiz, con el título de «Los médicos militares españoles en América», en el cual, empezando por el descubrimiento de América, se hace el panegirista de toda una pléyade de celebridades médicas que tan poderosamente ayudaron a todas las empresas, relacionadas con la conquista y conservación del nuevo mundo, llevadas a cabo por los españoles. No es posible en un modesto discurso necrológico glosar y comentar tan importante trabajo.

11.º Otra publicación del General Soler y Garde, que no queremos dejar en el silencio, es el folleto sobre el Hospital Infantil de Nazaret, fundado en el término de Pedralbes por la Srta. Dña. Gloria Godó, con indicaciones sobre las escuelas del Ave-María, edificadas al lado del mismo Hospital por su hermana Dña. Mercedes Godó. El Hospital es, como indica su nombre, para niños y niñas pobres, con sus dos compartimientos respectivos. El folleto, escrito con verdadero entusiasmo y cariño, da a conocer el establecimiento y su excelente instalación, tan completa en la selección y abundante de todos los medios terapéuticos modernos, que difficilmente se hallaría en su clase otro que le supere.

12.º Tampoco hemos de pasar por alto aquí las notables conferencias que dió en esta Academia, que demuestran su gran erudición, profundos conocimientos, un ánimo observador, y no menos un espíritu humanitario y caritativo, velando siempre por el bien de otros y, sobre todo, de los enfermos en general y tuberculosos en particular. Tal es, v. g., la conferencia, «La lucha antituberculosa: algunas orientaciones y aspectos sobre la misma». En esta conferencia dió a conocer el Sanatorio del Espíritu Santo para tuberculosos, en San Adrián, cuyos iniciadores y fundadores fueron el caritativo sacerdote Mosén José Pons y Rabadá, párroco de aquél pueblo, y el doctor Anguera.

Otra conferencia fué sobre «Los servicios sanitarios en la guerra», y mucho antes la titulada «La tifoide en el Ejército».

Finalmente, para no alargar demasiado este punto, esta Academia le escogió para las necrologías del Dr. Casto López Brea y del Dr. D. Juan

Coll i Bofill, necrologías que hizo nuestro General con la competencia literaria, con el cariño y sentimiento, que le eran característicos.

Con su ciencia y su saber, con su prestigio y valor personal supo juntar admirablemente singular modestia y una humildad rayana con el desprecio de sí mismo, como que jamás se pudo recabar de él que figurase en su casa algún retrato suyo. Por otro lado, sentía tan altamente de los demás, que todos le parecían superiores. De conformidad con esto, demostraba gran interés por dar a conocer las cosas de los demás, máxime si se trataba de centros culturales y benéficos, aunque fuesen de carácter privado; y procuraba llevar allí incluso las primeras autoridades para conciliarles con esto autoridad y prestigio, de lo que somos testigos personales.

Cuando amenazaba la disolución de los Jesuítas, a causa de la persecución de un Gobierno y Parlamento sectario, trabajó el General Soler y Garde con increíble celo e interés para que, por lo menos, no se molestase a los científicos; y aunque no logró todo lo que deseaba, obtuvo, no obstante, que esta Academia se moviese y formulase una petición ante el Gobierno en favor del que tiene el honor de dirigiros la palabra, cosa que hacemos constar aquí como testimonio de nuestro eterno reconocimiento y gratitud, así el difunto General, como a toda esta ilustre Academia.

Creo, señores Académicos, que todo lo que llevamos dicho de nuestro amado consocio no es nuevo para vosotros y acaso sabéis muchas cosas de alta honra para él que se nos habrán pasado por alto, o por olvido, o por no haber llegado a nuestro conocimiento. Supla los defectos nuestra buena voluntad; y vamos a fijarnos brevemente ahora en sus últimos días.

Seguramente os debió llamar la atención, como nos la llamó a nosotros, el cambio casi repentino de su salud en una edad, madura sí, pero nada avanzada, ni mucho menos decrepita; en una edad tal que nos hacía halagar la esperanza de que su actuación científico-profesional rendiría aún grandes frutos; ya que su constitución física y su estado de salud parecían garantizarlo cumplidamente. ¿Qué es lo que ocurrió en él de extraordinario que cambiase en poco tiempo este estado de cosas, quebrantándole su salud y llevándole, finalmente, al sepulcro?

Según nuestro humilde parecer, la persecución sectaria, que a raíz del advenimiento de la República afligió a nuestro país, fué la que trastornó su salud y acabó con su vida. Hombre profundamente religioso, como hemos visto; hijo de una familia sólidamente cristiana; teniendo un hermano escolapio, el P. José Soler y Garde, viviendo en un ambiente de ideas sanas, rodeado de íntimos amigos que compartían su ideología y prácticas cristianas, sintió seguramente en lo más vivo de su alma el sesgo que tomaban las cosas en España, en su querida España, tan poco favorables a la Religión y al mismo ejército de que era un admirador apasionado.

Esta fué, sin duda, la principal causa de aquella depresión psíquica que se notó en él; depresión que, repercutiendo en su cuerpo, perturbó profundamente su fisiologismo y quebrantó su salud. En vano se empeñaron los médicos en conjurar el mal y el 5 de Julio de 1932, recibidos

los Santos Sacramentos con la frecuencia que acostumbraba, entregó su alma a Dios ; quien le habrá largamente premiado su virtud y sus servicios, acogiéndole en su Reino, y dándole silla de gloria y corona de alegría. Descanse en paz nuestro querido consocio y buen amigo, y hacemos votos para que la estela de virtud y actividad científico-médico-profesional que dejó tras sí, nos sirva a todos de estímulo para seguir sus pisadas, trabajando sin cesar, llevados del ideal de la virtud, de la ciencia y del deber profesional.

He dicho.